

Hacia una transición negociada

Comentarios sobre

*Cuba, la reconciliación nacional*¹

Elzbieta Matynia

MIS COMENTARIOS PARTEN DE UNA POSICIÓN PRIVILEGIADA, LA DE ALGUIEN que participó y siguió de cerca procesos similares que tuvieron lugar en Europa del Este antes y después de 1989 o, más específicamente, durante las tres décadas de los 70, los 80 y los 90.

Considero que este informe constituye en sí mismo un paso muy importante hacia la reconciliación, y que posiblemente contribuirá a facilitar un proceso de transformación sistémica. El documento posee un potencial enorme y, dependiendo de cuán intensa sea su circulación dentro de la Isla y en la diáspora, podría ejercer un impacto similar al que tuvieron las iniciativas intelectuales/analíticas del país de donde provengo, Polonia, como aquel informe de los 70, *Experiencia y Futuro*, elaborado por un grupo de intelectuales de diversas tendencias. El informe cubano, de tono conciliatorio y firmado por un heterogéneo equipo de expertos, es realmente el primer paso en el camino hacia la reconciliación nacional. Ha establecido un punto de partida crucial para el debate, la discusión, y como tal abre un espacio que propicia ese debate, que podría fortalecer aún más el comportamiento cívico y ampliar el alcance de la sociedad civil de la Isla, tan duramente golpeada en los últimos meses.

A la luz de la preocupación, manifestada en el informe, por la ausencia de una tradición de diálogo en Cuba, el documento ofrece un modelo que se podría seguir para iniciar una cultura de este tipo, necesaria en cualquier proceso previsible de negociación con los que detentan el poder. Nada podrá conseguirse en tanto no se alcance cierto consenso dentro de la propia sociedad.

El siglo XX no nos dejó demasiados logros políticos en beneficio de la humanidad, pero si hubiera que señalar uno, sería la nueva herramienta

¹ Informe elaborado por el Grupo de Trabajo Memoria, Verdad y Justicia, coordinado por Marifeli Pérez-Stable y publicado por el Centro para América Latina y el Caribe de la Universidad Internacional de la Florida, 2003. Ver Marifeli Pérez-Stable; «Cuba, la reconciliación nacional», en: *Encuentro de la cultura cubana*, n° 28-29, Madrid, primavera-verano, 2003, pp. 321-337. Ver también. Soledad Loaeza; «Una apuesta por el futuro», en: *Encuentro de la cultura cubana*, n° 30-31, Madrid, otoño-invierno, 2003-2004, pp. 277-278.

política inventada en las últimas tres décadas: la herramienta de las transiciones negociadas. A menudo el informe hace mención de España, algunos países de América Latina, Europa del Este y Sudáfrica: lugares donde la población ha diseñado y probado una nueva fórmula para efectuar cambios políticos profundos sin violencia o el uso de la fuerza.

Esta fórmula propicia el diálogo institucionalizado entre los que detentan el poder dictatorial y aquellos movimientos sociales que —si bien continuaban siendo ilegales, y a menudo son representados por personas que acababan de salir de prisión o provienen del exilio y son etiquetadas como enemigas del Estado— son reconocidos, no importa cuán a regañadientes, como los únicos capaces de otorgar credibilidad al diálogo propuesto y al posible acuerdo. Los principios fundamentales de esta fórmula se encuentran enraizados en el concepto de diálogo. En este caso, tal como Habermas ha observado al escribir sobre nuevos movimientos sociales, no se trata del clásico toma y daca habitual entre los sindicatos y partidos políticos tradicionales. El aprendizaje mutuo, la conciliación y el compromiso entre todos —y no la mera conformidad— constituyen el motor que acciona esta clase de negociación a partir del diálogo. El objetivo real no es la velocidad del cambio sino su dirección, y ésta gira siempre hacia el pluralismo inclusivo, la ampliación de las libertades civiles, haciendo posible que los «sujetos» dejen de sentirse objetos y que la personas recuperen la subjetividad real necesaria para convertirse en agentes de sus propias vidas.

Dicha fórmula trasciende la geografía y las circunstancias históricas y políticas que engendraron los diversos modelos de dictadura, y de manera natural asume una variedad de formas. Después de todo, lo único que tenían en común España, Chile, Polonia y Sudáfrica era una dictadura de uno u otro tipo o, para simplificar, el carácter no democrático de sus regímenes; pero esas dictaduras eran muy diferentes entre sí. Y también Cuba se caracteriza por un conjunto de excepciones bien estudiado.

Los países que conozco se sienten muy excepcionales y cuestionan a toda persona ajena que aspire a comprender cabalmente todas sus perplejidades. Pero en el caso de Cuba, la situación exige el reconocimiento de importantes circunstancias que la apartan del resto de países del bloque soviético, como son su geopolítica y el carácter nacional de la revolución, apoyada por amplios segmentos de la sociedad cubana. El excepcionalismo de Cuba es un tema muy conocido, pero quizá la mayor diferencia está en que tuvo un período relativamente duradero de resistencia armada organizada, factor que en el bloque soviético de Europa del Este ha tenido una presencia mucho más limitada o al menos más corta.

El problema analizado de la profunda polarización política es un tema muy específico de Cuba, ya que en Europa Central nunca existió en grado tan alto, y si algo quedaba, desapareció en el momento en que la verdad sobre los crímenes de Stalin llegó al público a través del llamado discurso secreto de Krushchev al Buró Político soviético. De manera que la cuestión de una guerra fría civil entre cubanos constituye uno de los mayores desafíos

cuyo análisis debe priorizarse. Y el informe hace énfasis en su importancia. Lo considero el comienzo de lo que el pensador político y exdisidente polaco, Adam Michnik, denomina el giro crucial «de la lógica de la revolución hacia la lógica de la negociación».

Leí el informe no sólo con sumo interés, sino con una implicación emocional e hiperempatía poco comunes en alguien que no es cubano. La implicación emocional aumentó quizá por la excepcional magnitud del esfuerzo realizado para sacar a la luz, para descubrir la narrativa parcial y partidista, si bien real, del OTRO LADO y, en consecuencia, dirigir la mirada hacia él. Es este un ejercicio de generosidad en el que no han puesto demasiado empeño ni los polacos, cuando intentaban abrir el sistema comunista (y al hacerlo, lo desmantelaron), ni los cubanos, estoy segura, claramente victimizados por un sistema opresivo, lo cual resulta muy comprensible.

Más allá del tema de los derechos humanos, al que el informe presta considerable atención, me interesó la categoría de la ética civil relacionada con éstos, y el llamado a establecer sus bases entre los cubanos. Me recordó al movimiento polaco Solidaridad y su fuerte preocupación por los asuntos y temas éticos. En los debates públicos que tenían lugar en el país, en los medios de comunicación y en las fábricas, la mayoría de los argumentos poseían un carácter profundamente moral e incluso moralista. Algunos de ellos terminaron por quedar inscritos en la base del monumento erigido frente a los muelles en tributo a los trabajadores asesinados allí en diciembre de 1970. El más directo era una cita de un poema de Milosz:

Tú que has agraviado a un hombre común
 Rompiendo a reír ante el crimen...
 ... No te sientas seguro. El poeta recuerda
 Puedes asesinar a uno, pero otro nace,
 Las palabras están escritas, el hecho, la fecha.

Esta mentalidad ilustra muy bien que los acontecimientos que tuvieron lugar en Polonia en los 80 constituyeron la manifestación del mal, contra la que quiero advertir a nuestros amigos cubanos. Según esta línea de pensamiento, todas las buenas cualidades se atribuyen a la sociedad, al pueblo, y todas las cosas malas son percibidas como una función de aquellos que detentan el poder o del propio sistema, entendido ya sea como un conjunto de mecanismos o como una clase de espíritu maligno no-material. Resulta difícil construir instituciones democráticas normales con esta mentalidad. Y quizá algunos de nuestros problemas en la región provengan de este bagaje.

Al mismo tiempo, agradezco la honestidad desplegada en el informe, que quizá constituya una buena señal de que se está creando una base algo diferente para la reconciliación, al pedirle a los ciudadanos que comiencen a trabajarla ante todo dentro de sí mismos, después dentro de las familias y por último en la diáspora, antes de abordar el tema de una verdadera reconciliación política.

Una reflexión final: ¿Cuáles pueden ser otros prerequisites, condiciones, para adentrarse en un proceso de negociación de una transición política?

¿Qué se requiere para que una dictadura abra una rendija, o se abra lo suficiente para propiciar una Mesa Redonda o cualquier otro medio que facilite el diálogo con una sociedad ignorada o sus estructuras ilegales? ¿Qué puede persuadir a los oprimidos —de hecho aquellos mismos, a menudo antiguos prisioneros políticos, reconocidos por su indomable tenacidad— a sentarse a la misma mesa con sus opresores?

En primer lugar, en los casos que conocemos en los que este proceso ha tenido éxito, el antiguo régimen se encuentra generalmente en un proceso de debilitamiento. Las motivaciones ideológicas de su esencia han desaparecido hace tiempo; se encuentra desorientado; tiene dificultades para pagar facturas y abordar el malestar social. El fascismo en España comenzó a deteriorarse en los 70; el comunismo en Polonia se desacreditó definitivamente en 1981 cuando impuso un Estado de guerra. Regímenes así no pueden resolver las crisis. Las instituciones de la vida pública existentes no pueden traer estabilidad (¡y mucho menos creatividad!) a los sectores económico, político o cultural. Sí que disponen aún de una fuerza considerable y pueden mantenerse en el poder por métodos violentos, pero poco más.

Por otro lado, para que sea posible una transición negociada, la otra parte —la propia sociedad, sus movimientos y sus líderes— también probablemente muestren signos de debilidad y fatiga visible. No se trata sólo del número de prisioneros, exiliados, y de una sensación creciente de que el tiempo se agota, sino también de darse cuenta de que incluso sus actividades más espectaculares están perdiendo un apoyo visible.

Los prerequisites usuales para iniciar un diálogo de este tipo son la liberación de los prisioneros políticos (Michnik o Mandela), el acuerdo de que las negociaciones incluirán la legalización de organizaciones ilegales (Solidaridad, el Congreso Nacional Africano, o el Partido Comunista en España) y la libertad de expresión e información. Asimismo, la oposición debe estar preparada para considerar formas de compromiso —algún modelo para compartir el poder como al principio se institucionalizó en Polonia, o alguna forma de amnistía, como la lograda en Sudáfrica.

Fue precisamente por este balance de debilidades de ambas partes que la Mesa Redonda polaca no sólo fue posible sino inevitable.

Y sobre el tema de los opresores y los oprimidos sentados a la misma mesa, me gusta citar una máxima de Michnik: «El camino de las negociaciones trae consigo mucha desilusión, amargura y una sensación de injusticia y frustración. Pero no produce víctimas. Los desilusionados son aquellos que, a fin de cuentas, están vivos».